

PAULO.

¿De qué nascion?

POLO.

Español me parece.

PAULO.

Anda, vamos.

POLO.

Vaya vuesa merced, que yo por acá me quiero ir á dar vuelta por ver si podré alcanzar una visita de mi señora Eulalia, la negra.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

(*Calle. Noche oscura.*)

VALIANO. LEONARDO. VALLEJO.

VALIANO.

La causa, Leonardo, por qué á tal hora conmigo te mandé que apercebido con tus armas salieses, no fue porque yo viniese á cosa hecha, sino solamente por comunicar contigo aquel negocio que ayer me comenzaste á apuntar, y por eso te he traído por calles tan escombradas de gentes: solamente á Vallejo el lacayo dije que tomase su espada y capa, mandándole quedar á esa cantonada para que con gran vigilancia y cuidado no seamos de nadie espíados, mandándole que haga la guardia.

VALLEJO.

¿Adolos? ¿dónde van? mueran los traidores.

VALIANO.

Paso, paso: ¿á quién has visto? ¿qué te toma?

VALLEJO.

¡Ah pecador de mí! Señor, ¿á qué efecto has salido á poner en peligro tu persona? Vete, señor, á acostar y el señor Leonardo, y déjame con ellos, que yo los enviaré antes que amanezca á cazar gaviluchos á los robres de Mechualon.

VALIANO.

¡Válate el demonio! ¿no aseguras ese corazón? ¿quién me había de enojar en mi tierra, bausan?

VALLEJO.

¡Oh! reniego de los aparejos con que cazan las tórtolas en la Calabria, ¿y eso dices, señor? ¿no ves que es de noche, pecador soy á Dios, y á lo oscuro todo es turbio? A fe de bueno que si no reconociera la voz del señor Leonardo, que no fuera mucho quedar la tierra sin heredero.

VALIANO.

¿A mí, traidor?

VALLEJO.

No sino dormí sin perro: es menester, señor, que de noche vaya avisada la persona, porque en mis manos está el determinarme, y en las de aquel que fir-

mó el gran horizonte con los polos árticos y tantárticos volver la de dos filos á su lugar.

VALIANO.

Todo me parece bien si no te emborrachases tan á menudo.

VALLEJO.

Eres mi señor y tengo de sufrirte; mas á decirme lo otro, no fuera mucho que estuviese con los setenta y dos.

VALIANO.

Agora quédate ahí, y ten cuenta con que no nos espíe nadie, que es mucho de secreto lo que hablamos.

VALLEJO.

A hombre lo encomiendas, que aunque venga el de las patas de avestruz con todos sus secuaces dando tenazadas por esa calle, no bastará á mudarme el pie derecho donde una vez le clavare.

VALIANO.

Asi conviene. Volvamos á nuestro propósito, Leonardo, y dime: aquesa hermana tuya, despues de ser tan hermosa como dices, ¿es honesta y bien criada?

LEONARDO.

Señor, tú te puedes mejor informar que yo decirlo; porque al fin como yo sea parte y tan principal, no deberian mis razones ser admitidas como de otro cualquiera. La falta, señor, que yo le fallo es ser mi

hermana, que en lo demas podia ser muger de cualquier señor de título segun su manera.

VALLEJO.

Señor Leonardo.

LEONARDO.

¿Qué hay, hermano Vallejo?

VALIANO.

Mira, Leonardo, qué quiere ese mozo.

VALLEJO.

Señor, parece que entendí que hablaban en negocio de mugeres; y si acaso es asi, por los cuatro elementos de la profundísima tierra, no hay hoy día hombre en toda la redondez del mundo que mas corrido esté que yo, ni con mas razon.

VALIANO.

¿Cómo, Vallejo?

VALLEJO.

¿Y habia, señor, á quien se pudiese encargar un negocio semejante como á mí?

VALIANO.

¿De qué manera?

VALLEJO.

¿Hay en toda la vida airada, ni en toda la máquina astrologal, á quien mas sujecion tengan las mozas que á Vallejo tu lacayo?

VALIANO.

Calla, villano.

VALLEJO.

No te engañes, señor, que si conocieses lo que yo conozco en la tierra, aunque seas quien seas, pudieraste llamar de veras bienaventurado, si fueras como yo dichoso en amores.

VALIANO.

Tú, ¿qué puedes conocer?

VALLEJO.

¡Malograda de Catalinilla la vizcaina! la que quité en Caliz de poder de Barrientos el sotacómitre de la galera del Grifo, que no andaba en toda el armada moza de mejor talle que era ella.

LEONARDO.

Hermano Vallejo, cállate un poco.

VALLEJO.

No lo digo sino porque hablamos de ballestas.

VALIANO.

¿No callarás, dí?

VALLEJO.

¡Ah, Dios te perdone, Leonor de Valderas! aquella, digo á vuesa merced, que era muger para dar de comer á un ejército.

VALIANO.

¿Qué Leonor era aquesta?

VALLEJO.

La que yo saqué de Córcega, y la puse por fuerza

en un meson de Almería, y allí estúvose nombrando por mia, hasta que yo desjarreté por su respeto á Mingalarios, corregidor de Estepa.

VALIANO.

Válate el diablo.

VALLEJO.

Y corté el brazo á Vicente Arenoso, riñendo con él de bueno á bueno en los percheles de Málaga el agua hasta los pechos.

VALIANO.

Prosigue, Leonardo, que si ello es así como tú lo pintas, podrá ser que se hiciese por ti mas de lo que piensas.

LEONARDO.

Señor, yo siempre rescibí y rescibo de tu mano mercedes sin cuenta, pero en cuanto á esta hermana mia, tú sabrás que es mas de lo que tengo dicho.

VALLEJO.

¡Válame nuestra señora del Pilar de Zaragoza! ¡Ah, ladrones, ladrones! Leonardo, apunto, apunto.

LEONARDO.

¿Qué es aqueso que has visto?

VALIANO.

¿Quién son?

VALLEJO.

Tente, tente, señor, no eches mano, que ya todos han huido. ¡Ah! rapagones, en gurullada me vais, agradezceldo.....

¿A quién?

VALIANO.

VALLEJO.

Yo me lo sé: señor Leonardo, en dejando á nuestro amo en casa, quiero que vamos tú y yo á dar una escurribanda á casa de Bulbeja el tabernero.

LEONARDO.

¿Para qué?

VALLEJO.

Para verme con aquellos forasteros que por aquí han pasado; que, segun soy informado, no ha media hora que llegaron de Marbella, y traen una rapaza como un serafín.

VALIANO.

¿Qué dice ese mozo, Leonardo?

LEONARDO.

No lo entiendo, señor.

VALLEJO.

¡Dizque no lo entiende! sé que no hablo yo en algarabía. Veamos de cuando acá han tenido ellos atrevimiento de meter vaca en la dehesa sin registralla el dueño del armadijo.

VALIANO.

Hora yo quiero, Leonardo, si te parece, dar parte desto á algunas personas principales de mi casa, porque no digan que en un negocio como este me determiné sin dalles parte.

LEONARDO.

Señor, á tu voluntad sea todo.

VALLEJO.

Vamos, señor, que aquí tengo ciertas haciendas antes que amanezca.

VALIANO.

¿Qué haciendas tienes tú, beodo?

VALLEJO.

Señor, un negocio de hartos quilates de honra.

VALIANO.

Veamos los quilates.

VALLEJO.

Ya lo he dicho al señor Leonardo: cobrar unas blanquillas de ciertos jayanes que son venidos aquí á mofar de la tierra: veamos de quién tomaron licencia, sin registrar primero delante de aqueste estival.

VALIANO.

Sus, baste ya, tira adelante.

VALLEJO.

Nunca Dios lo quiera, que mas guardadas van tus espaldas con mi sombra y seguro, que si estuvieras metido en la Mota de Medina, y cargada sobre ti la fornida puente levadiza con que la fuerza de noche se asegura.

ESCENA II.

(Sala en casa de Leonardo.)

EUFEMIA. CRISTINA.

EUFEMIA.

Cristina hermana, ¿qué te parece del olvido tan grande como Leonardo mi querido hermano ha tenido en escribirme, que ya son pasados buenos días que letra del no he visto? ¡Oh ánimas del purgatorio bienaventuradas! poned en corazón á aquel hermano que con sus letras ó con su persona me torne alegre y gozosa.

CRISTINA.

Calla, señora mía, no te fatigues, que no habrá podido mas, especialmente que quien sirve á otro pocas veces es de sí señor. Bien sé yo que á él no le faltará voluntad para hacello, sino que negocios por ventura mas árdulos de aquel señor á quien sirve, le estorbarán de hacer lo que él querría. Así, señora mía, no debes enojarte, que cuando no te pienses verás lo que deseas.

EUFEMIA.

¡Ay, amiga mía! Dios por su piedad inmensa lo haga de manera que con letras tuyas esta casa nuestra sea contenta y alegre.

ESCENA III.

EUFEMIA. CRISTINA. ANA.

ANA.

Paz sea en esta casa, paz sea en esta casa. Dios te guarde, señora honrada. Dios te guarde. Una limosnica, cara de oro, cara de siempre novia: daca que Dios te hará prosperada, y te dé lo que deseas. Buena cara, buena cara.

CRISTINA.

¿No podeis demandar desde allá fuera? ¡Ay, señora mía, y qué importuna gente! que en lugar de apiadarse la persona dellas y de su pobreza, las tiene odio segun sus importunidades y sus ahincos.

ANA.

Calla, calla, garrida, garrida. Dame limosna por Dios, y diréte la buenaventura que tienes de haber tú y tu señora.

EUFEMIA.

¿Yo? ¡ay cuitada! ¿Qué ventura podrá tener que sea próspera la que del vientre de su madre salió sin ella?

ANA.

Calla, calla, señora honrada: pon un dinerico aquí, sabrás maravillas.

EUFEMIA.

¿Qué tiene de saber la que contino estuvo tan fal-

*

ta de consuelo, cuanto colmada de zozobras, miserias y afanes?

CRISTINA.

¡Ay señora! por vida suya que le dé alguna cosa, y oigamos los desatinos que aquestas por la mayor parte suelen decir.

ANA.

Escucha, escucha, pico de urraca, que mas sabemos cuando queremos que nadie piensa.

EUFEMIA.

Acabemos; toma y dale queso, y vaya con Dios.

CRISTINA.

A buena fe que antes que se vaya nos ha de catar el signo.

EUFEMIA.

Déjala, y váyase con Dios, que no estoy agora de esas gracias.

ANA.

Sosiega, sosiega, señora gentil, ni tomes fatiga antes de su tiempo, que harta te está aparejada.

EUFEMIA.

Yo lo creo: agora sí habeis acertado.

CRISTINA.

No se entristezca, señora, que todo es burla y mentiras cuanto éstas echan por la boca.

ANA.

¿Y la esportilla de los aceites que tienes escondida en el almariete de las alcominias es burla?

CRISTINA.

¡Ay señora! que habla por la boca del que arriero vaya. Ansi haya buen siglo la madre que me parió, que dice la mayor verdad del mundo.

EUFEMIA.

¿Hay tal cosa? ¿Qué, es posible aqueso?

CRISTINA.

Como estamos aqui: decí mas, hermana.

ANA.

No querria que te corrieses por estar tu señora delante.

CRISTINA.

No haré por vida de mi ánima: ¿qué puedes tú decir que sea cosa que perjudique á mi honra?

ANA.

¿Dasme licencia que lo diga?

CRISTINA.

Digo que sí, acabemos.

ANA.

El par de las tórtolas, que heciste creer á la señora que las habian comido los gatos, ¿dónde se comieron?

CRISTINA.

Mira de qué se acuerda: aqueso fue antes que mi señor Leonardo se partiese desta tierra.

ANA.

Asi es la verdad, pero tú y el mozo de caballos os las comistes en el descanso de la escalera: ¡ah! bien sabeis que digo en todo la verdad.

CRISTINA.

Malograda, me coma la tierra, me coma la tierra, si con los ojos lo viera, dijera mayor verdad.

ANA.

Pues señora, una persona tienes lejos de aqui que te quiere mucho, y aunque agora está muy favorecido de su señor, no pasará mucho que esté en peligro de perder la vida por una traicion que le tienen armada: mas calla que aunque sea todo por tu causa, Dios que es verdadero juez y no consiente que ninguna falsedad esté mucho tiempo oculta, descubrirá la verdad de todo ello.

EUFEMIA.

¡Ay desventurada hembra! por causa mia dices que se verá esa persona en peligro. ¿Y quién podrá ser, cuitada, si no fuese mi querido hermano?

ANA.

Yo, señora, no sé mas; pero pues en cosa de las que á tu criada se han dicho no ha habido mentira,

yo me voy, quedad en buen hora, que si algo mas supiere, yo te vendré á avisar: quedad con Dios.

CRISTINA.

¿Y de mí no me dices nada si seré casada ó soltera?

ANA.

Muger serás de nueve maridos, y todos vivos. ¿Qué mas quieres saber? Dios te consuele, señora.

EUFEMIA.

¿No me dices mas de mi negocio, y asi me dejas dudosa de mi salud?

ANA.

No sé mas que decirte, solamente que tu trabajo no será tan durable que en el tiempo del mas fuerte peligro no lo revuelva prudencia y fortuna, que todos remanezcáis tan contentos y alegres, cuanto la misericordia divina lo sabe obrar.

ESCENA IV.

EUFEMIA. CRISTINA.

CRISTINA.

¡Ay amarga de mí! Señora, ¿y no vé que me dijo que dizque sería yo muger de nueve maridos, y que todos estarian vivos? ¡Ay malaventurada fui yo! ¿y cómo puede ser aqueso?

EUFEMIA.

Calla, déjame; que aunque todo cuanto éstas dicen puede pasar por señalada burla, con lo que me ha dicho, mas triste quedo y mas afligida que la escura noche. Entrémonos.

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

(Gabinete del palacio de Valiano.)

VALIANO. PAULO.

VALIANO.

Dime, Paulo, ¿y es posible esto que me cuentas, que tú has estado en la casa desta Eufemia, hermana deste alevoso y malvado de Leonardo, á quien yo en tanta alteza he puesto?

PAULO.

Digo, señor, que sí.

VALIANO.

¿Y tú propio has dormido con ella en su mismo lecho?

PAULO.

Que yo propio he dormido con ella en su mismo lecho. ¿Qué mas quieres?

VALIANO.

Agora, mi fidelísimo Paulo, resta de contarme del arte que con ella te pasó.

PAULO.

Señor, pásome con ella aquello que pasa con las demas. No fue cierto menester dar muchas vueltas; antes ella de verme pasar por su calle y mirar á una ventana, me envió una criadilla que tiene, llamada por mas señas Cristina.

VALIANO.

¿Y la criada qué te dijo?

PAULO.

Si habia menester algo de aquella casa. Yo como lo sabia antes de agora, asi como yo habia dicho á vuesa merced que no eran menester muchos casamenteros, coléme allá, especialmente que de otras vueltas la dama me conocia y me habia llevado mis reales: quedéme aquella noche por huesped, y asi otras tres adelante, y visto bien las señas de su persona, como yo, señor, prometí, vine á darte cuenta de lo que habia pasado.

VALIANO.

¿En fin?

PAULO.

En fin, que ella me dió, para que me pusiese en el sombrero ó en la gorra un pedazo de un cabello que le nasce del hombro izquierdo, en un lunar grande, y por ser señales que el señor su hermano Leonardo y tu muy privado no puede negar, acordé de traello: veislo aqui, agora yo he cumplido con quien soy y con la fidelidad que como vasallo te debo. Tú, señor, ordena que ningun traidor se ria de ti, ni menos que